



MENTIRAS DEL CORAZÓN



Madame Perrier solía decir que el corazón es capaz de detectar las mentiras con mayor certeza y rapidez que la razón... Y el mío se negaba a creerle a aquel redactor del *Time Out*. No podía aceptar que todas aquellas buenas críticas fueran fruto del miedo o del interés, como él decía.

La fortuna de los Groen estaba vinculada al sector inmobiliario de lujo. Patrick era dueño de una multitud de casas, hoteles y apartamentos exclusivos; la mayoría ubicados en Londres, pero también repartidos por toda Inglaterra. Un negocio que movía un gran capital en los bancos británicos y generaba cuantiosos beneficios, pero que Patrick había dejado de gestionar. Richard Desmond era su hombre de confianza, quien administraba el patrimonio familiar y se ocupaba de las finanzas.

Lo había conocido en la universidad, era su mentor en el proyecto de producción teatral que debía entregar al final de la carrera. Y aunque se llevaban casi diez años, enseguida se habían hecho amigos.

Puede que la fortuna de Patrick Groen fuera incuestionable e

influyente, pero su talento como dramaturgo también, y no era el tipo de persona que se aprovechaba de su estatus para triunfar en algo que le apasionaba.

Mientras lo esperaba en el bar del teatro, decidí no contarle nada de mi conversación con Peter. Los últimos meses habían sido tan emocionantes y felices para ambos que no quería entristecerlo a pocos días del estreno.

Afuera diluviaba y no veía el momento de irnos juntos a casa.

Soñé con llegar a nuestro apartamento y acurrucarnos en el sofá con Balthazar para ver un capítulo de *Strangers Things*. La tormenta de fondo, azotando los cristales, era la ambientación perfecta para aquella inquietante serie donde sucedían cosas muy extrañas a raíz de la desaparición de un niño.

Media hora después, harta de esperar, me dirigí a los camerinos. Había visto salir a casi todos sus compañeros. Llamé con los nudillos, pero nadie respondió. El chico de seguridad, que antes custodiaba la entrada, apareció en aquel momento. Llevaba un manojo de llaves en la mano y se disponía a cerrar la puerta del camerino cuando reparó en mí.

–Si esperas a Patrick, no está. Se ha ido hace un rato.

–Pero no puede ser –repuse contrariada–. No lo he visto salir...

Era imposible salir del teatro sin pasar por la cafetería, ubicada junto a la puerta principal, y yo no me había movido de allí.

–Es muy extraño –insistí.

–Últimamente todo lo que ocurre aquí lo es.

–¿Qué quieres decir?

–Nada. Hay cosas que es mejor no decir en voz alta.

Frunció el ceño y me miró contrariado

–¿Eres supersticiosa?

–No...

–Pues deberías, y tu novio también. Lo del gato no ha sido una buena idea.

Entendí que se refería a Balthazar y a la escena en la que Luisa seguía al animal hasta el ala oeste de Silence Hill. Patrick me había explicado que a algunos de sus compañeros no les hacía gracia compartir escenario con un gato, aunque fuera en una escena corta y se tratara de un gato blanco como la nieve.

Me encogí de hombros y volví a preguntarle por Patrick.

–¿Estás seguro de que se ha ido?

–Sí. Salió por la puerta de atrás... Parecía nervioso. Ni siquiera se despidió de mí como hace siempre –razonó sin mucha convicción.

–¿Estaba solo? –pregunté sin saber muy bien por qué.

–Había una mujer esperándolo en el patio.

Su respuesta me inquietó.

–¿Qué mujer? ¿Alguien de la compañía?

–No lo sé. Estaba oscuro y llevaba un abrigo largo con capucha.

–¿Verde?

–Es posible, pero ya te he dicho que estaba muy oscuro.



Sentí una punzada de celos al imaginarme a Patrick y a Fiona saliendo juntos por la puerta trasera. Tenía que ser ella. Era la única, aparte de Patrick, que no había cruzado la puerta principal tras el ensayo. Además, tenía un abrigo que coincidía con la descripción. Estaba convencida de que no me habían visto en la sala, así que no era de mí de quien huían. ¿Entonces? ¿Por qué habían salido por la puerta trasera como una pareja furtiva? ¿Y por qué Patrick estaba tan nervioso?

La imagen del beso que había presenciado aquella tarde sacudió mi mente como una bofetada.

Me negué a creer lo obvio.

Si de algo estaba segura era de que Patrick me amaba. Y aquella certeza podía sentirla en lo más profundo de mi corazón.

Aun así, hacía días que se comportaba de forma extraña. No solo estaba nervioso, también lo notaba ausente y distraído. Él se excusaba con el estreno, y hasta entonces le había creído... pero ¿realmente podía confiar plenamente en él? No sería la primera vez que me engañaba. Recordé cuando se había hecho pasar por Jim y el tiempo que viví pensando que su rostro estaba desfigurado.

Había una fila de gente esperando en el alero del teatro mientras los taxis llegaban con cuentagotas, así que decidí caminar bajo la lluvia en dirección a la estación Waterloo. Esperaba encontrar un taxi antes de llegar al metro y evitar así la hora y media de trayecto.

Antes incluso de doblar la esquina, ya estaba empapada. El viento soplaba con fuerza y doblé mi paraguas hasta romperlo, pero aun así no me detuve. Podía sentir el pulso acelerado en el cuello, el aire helado mojando mi cara y cómo el frío me calaba en los huesos mientras avanzaba con paso decidido por Southbank. A pesar de estar en uno de los barrios más activos de Londres, repleto de museos, cafés y teatros, no había un alma en la calle.

En aquel momento, un taxi se detuvo junto a una de las típicas casas de ladrillo de Cut Street. Esperé impaciente a que una pareja bajara para ocupar el asiento trasero y bendije mi suerte.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el taxista cuando le recité la dirección temblando y de forma entrecortada.

Asentí con la cabeza y cerré los ojos antes de volver a pensar en él.

Convivir con el auténtico Patrick durante esos meses no había hecho más que reforzar mi amor por él, pero al mismo tiempo había sido como descubrir a una tercera persona distinta a las dos versiones anteriores. El chico con quien vivía en Londres era inteligente y despierto como

Jim. Le encantaba leer y su cabeza siempre era un hervidero de ideas. A veces, despertaba por las noches y se ponía a escribirlas. Me gustaba su sentido del humor, tan británico y serio que en ocasiones me costaba darme cuenta de que estaba bromeando... o su capacidad para memorizar todo tipo de cosas: desde párrafos enteros de obras clásicas hasta anuncios de la tele. Tenía un lado cariñoso y atento, que mostraba en pequeños gestos cotidianos, como levantarse cada día temprano para traerme *muffins* con arándanos, mis preferidos, recién salidos del horno... o colmarme de regalos que "me harían la vida más fácil". Tenía toda una colección de Converse, mis deportivas favoritas, y lo último en tecnología. Me había regalado la última tablet, el smartphome de moda y la portátil más fina y extraligera del mercado para mis apuntes de la universidad. Cuando le decía que no necesitaba todas esas cosas para ser feliz a su lado, respondía:

"Lo sé, te enamoraste de mí siendo un chico sencillo que vivía en una casa de pescadores..."

"Nada de eso", respondía yo con tono solemne. "Jim me gustaba, pero no tanto como el amo y señor de las sombras. ¿Qué has hecho con él?"

"Murió cuando te conoció a ti".

Aunque no había sido exactamente así, aquella respuesta me llenaba de orgullo.

Si se había ocultado tras una máscara, engañándome a mí y a todo Sark, había sido para encontrar al hijo bastardo de su padre, a su hermano, y hacer justicia con él. Aunque finalmente había resultado ser una chica: Elisabeth.

Aquel había sido un acto noble que no coincidía con todo lo que me había contado sobre su pasado. Según él, su padre lo había educado para ser un monstruo y, durante un tiempo, se había comportado como tal. Había vivido una etapa muy nociva en Londres y había hecho cosas

de las que no se sentía muy orgulloso. Cuando le preguntaba por esa época, su mandíbula se tensaba y, durante un rato, se mostraba esquivo y malhumorado. Yo insistía para que soltara conmigo esos demonios, pero él respondía que aún no estaba listo para dejarlos ir.



Entré en el elevador tras saludar discretamente a Bob, el conserje. Solía detenerme unos minutos para charlar con él cada vez que entraba o salía del edificio. Siempre era muy amable conmigo y se notaba que apreciaba de verdad a Patrick, más allá de que fuera el propietario de casi todo el inmueble.

Subí hasta el ático y coloqué el dedo índice sobre el sensor de acceso. Una de las muchas ventajas de vivir en aquella casa inteligente era no tener que preocuparme por las llaves. También tenía otras, como que la cafetera se activara cuando sonaba el despertador o que la moqueta cambiara de temperatura según el tiempo exterior.

Me descalcé incluso antes de cerrar la puerta. El suelo caliente bajo mis pies hizo que me sintiera mejor al instante. Una luz tenue se encendió al detectar mi presencia. Mientras iba subiendo de intensidad de forma gradual, el reflejo de una figura en el espejo del recibidor me arrancó un grito ahogado.

Era Patrick.

Me volví hacia él mientras recuperaba la respiración.

—¿Dónde te habías metido? Estaba preocupado...

Me abrazó con fuerza y noté cómo sus músculos temblaban. ¿O acaso era yo?

—Estás empapada.

—Está lloviendo —dije como una tonta, como si no fuera algo obvio.

—Déjame que te ayude a quitarte la ropa mojada.

Temblé, no tanto de frío como de excitación, cuando sus dedos empezaron a desabrochar los botones de mi abrigo y hundió su rostro en la piel fría de mi cuello.

—No esperaba que llegaras antes que yo —le confesé fundiéndome un momento en sus brazos, tan fuertes y cálidos que siempre me hacían sentir en casa.

Inhalé el inconfundible aroma de su piel, una mezcla de coco y especias con un toque marino, que me recordaba mucho a su isla, a Sark, y que me envolvía como una suave brisa. Era un olor fresco y reconfortante a la vez, como un recuerdo familiar que siempre promete un final feliz.

Patrick me separó un poco para mirarme. A pesar de los meses, no acababa de acostumbrarme a aquellos ojos verdes, tan profundos y extraños que parecían traspasar mi mente y llegar hasta mis pensamientos más recónditos.

—¿Qué pasa, Lou?

Escuchar esa versión de mi nombre, de sus labios, me produjo un escalofrío. Era la única persona en el mundo que me llamaba así. Había empezado a hacerlo siendo Jim... Una simple asociación de ideas me hizo pensar en todos sus engaños.

—Explícamelo tú. Vengo del Young Vic. Quería darte una sorpresa, pero tú... Tú te has ido apenas acabó el ensayo, por la puerta de atrás —lo miré esperando inútilmente una confesión o alguna muestra de arrepentimiento, pero su rostro solo reflejaba asombro—. Con Fiona.

De pronto su mandíbula se destensó con una sonrisa.

—No lo niegues —le advertí muy seria—. Los han visto y...

—Es cierto. He salido con Fiona. No tenía ni idea de que tú vendrías. De haber sabido que estabas allí...

—¿Habrías tenido el detalle de no fugarte con tu amante por la puerta de atrás?

Patrick me miró con una mezcla de diversión y ternura, como si acabara de decir la cosa más absurda y graciosa del mundo.

–Siempre salgo por esa puerta. Es la que da al aparcamiento privado, ¿recuerdas?

Patrick aparcaba su Aston Martin en el parking de atrás, reservado solo al personal del teatro, pero... eso no justificaba su compañía.

–Estaba diluviando y Fiona vive aquí al lado, en Notting Hill. No es la primera vez que la acerco a su casa –se frotó la frente con un gesto cansado–. Soy un buen tipo.

De pronto me sentí ridícula y estúpida. Me había comportado como una niña celosa. Aun así, solté lo que estaba pensando, eso que me había torturado toda la tarde:

–He visto cómo la besabas.

–Lo que ocurre sobre un escenario no es real, Lou. Has visto a dos actores representando un beso, pero no besándose –alzó mi barbilla y me miró a los ojos y a los labios de forma alterna–. Un beso de verdad es otra cosa.

Su mirada me desconectó de todo mi universo, sin más realidad que el brillo hipnótico de sus ojos verdes, y su boca acercándose a la mía. Ya no pensaba en Fiona ni en nada que no fuera Patrick, frente a mí, mirándome como si no hubiera nada más fascinante en el mundo. Me rendí a la atracción de nuestros labios, encontrándose y reconociéndose en un gesto que no por repetido o familiar dejaba de ser perfecto.

Aun así, había algo distinto en su forma de besarme. Lo hacía con urgencia, casi con desesperación, como si no lograra saciarse del todo o quisiera aspirar hasta mi último aliento de vida. Tuve que separarme un poco para tomar aire.

–¿Estás bien? –le pregunté con la respiración acelerada.

Asintió mientras me apartaba un mechón rebelde del rostro.

Tenía la mandíbula tensa y me pareció ver un dejo de tristeza muy profundo en sus ojos.

–Te quiero, Lou. Lo sabes, ¿verdad? Pase lo que pase, no dudes nunca de eso.

Lo sabía y no dudaba de eso, pero como solía decir Madame Perrier: “Hay engaños que el corazón detecta con mayor certeza y rapidez que la razón”... Y el mío había empezado a notar que algo no iba bien.